

Queridos hermanas y hermanos, el gozo de la Vida Consagrada pasa necesariamente a través de la participación en la Cruz de Cristo. Así fue para María Santísima. El suyo es el sufrimiento del corazón que forma un todo único con el Corazón del Hijo de Dios, traspasado por amor. De aquella herida brota la luz de Dios, y también de los sufrimientos, de los sacrificios, del don de sí mismos que los consagrados viven por amor de Dios y de los demás se irradia la misma luz, que evangeliza las gentes. En esta fiesta, deseo de manera particular a vosotros consagrados que vuestra vida tenga siempre el sabor de la parresia evangélica, para que en vosotros la Buena Noticia sea vivida, testimoniada, anunciada y resplandezca como palabra de verdad (cfr Lect. ap. Porta fidei, 6). Amén.

DÍA DE LA VIDA CONSAGRADA: SALUDO DE LA CLAR

PROT: 3.1.1-05

A las Religiosas y los Religiosos de Latinoamérica y el Caribe:

No puedo dejar de pensar, en este día de la Vida Religiosa, en cada una y en cada uno de Ustedes, quienes compartimos el mismo don, la misma vocación de seguimiento de Jesús en este estilo de Vida Consagrada. Ahora que el Señor me ha llamado a servir, junto con mis hermanas y hermanos de la Presidencia, en la animación de la Vida Religiosa latinoamericana y caribeña, siento que mi corazón se ha ensanchado, como si me habitara “un inmenso continente” al que quisiera hacer llegar todo mi apoyo y oración.

Más que un mensaje, deseo a través de estas palabras compartir con Ustedes una sencilla reflexión, que he orado muchas veces, sobre la belleza de nuestra Vida Consagrada, de nuestra hermosa vocación.

Creo en la belleza de nuestra Vida Consagrada, porque surge y se renueva continuamente de la Fuente del Espíritu, porque ha surgido del Corazón del Padre que nos ha llamado a seguir a su Hijo Jesucristo, para construir su Reino, para apasionarnos por su misma pasión: “que

todos los hombres (y mujeres) se salven, y lleguen al conocimiento de la Verdad”.

Creo en su belleza porque hace que hombres y mujeres como nosotras/os, vivamos con “Luz en los ojos, Palabra en los labios y Fuego en el corazón”, es decir, porque la gracia de nuestra hermosa vocación nos da una nueva mirada, una nueva palabra, una nueva pasión.

Creo en su belleza porque quién como ella sabe “acompañarse”, mirar con pasión y compasión la realidad sufriente, que escucha con respeto a cada persona, se interesa sinceramente por el bien de cada una, sabe estar ahí donde pocos llegan, porque cuida de la vida con ternura, con entrega, con perseverancia, aunque esto suponga la entrega de la propia vida, hasta la misma muerte.

Creo en su belleza porque he visto tantos rostros de religiosas y religiosos desgastados por los años, por la enfermedad, pero plenos de luz y de felicidad, rostros convencidos que aquí no lo han visto todo, porque “el ojo no puede ver, el oído no puede escuchar, la mente no puede pensar” lo que nos prepara Su Amor. Rostros crucificados, muy parecidos al de Jesús, porque han corrido con fortaleza “la prueba” con los ojos fijos en Él, “el Autor y consumidor” de su Fe. Y dicen que nos vamos pareciendo a lo que contemplamos.

Creo en su belleza, en la belleza de una mujer y de un hombre enamorados de Dios, y por lo mismo, enamorados de la humanidad, de la creación; belleza inigualable, que se gesta en el silencio orante, fiel, perseverante, en esa capacidad de cuidar el amor, el corazón, para que el fuego no se apague y el amor se mantenga vivo y fecundo.

Creo en esa belleza de la Vida Consagrada, que no es de pasarela, sino que va a pie de calle, cotidiana, oculta, pequeña, muchas veces envuelta en modestia, polvo, barro, piel ajada, pies partidos...

Creo en la belleza de la alegría de quien vive libre y dándose, de quien tiene por consigna servir al estilo de Jesús, lavando los pies de cada persona, y que conjuga tan bien el hecho de estar ya sea en

una cátedra así como sirviendo la mesa de su comunidad, que puede sumergirse en las grandes teologías y al mismo tiempo entender lo pequeño y cotidiano como lugar teológico.

Creo en la belleza del vivir en comunión, de una Vida Religiosa tan humana que se ejercita continuamente en el perdón, en la tolerancia, en el salir de sí, pues lleva “este Tesoro en vasos de arcilla”. Creo en la belleza de esta familia que tiene la consanguineidad del Espíritu, y que por eso, la casa donde mora es toda de fuego, es de caridad, es de humanidad.

Creo en la belleza de la Vida Consagrada, no en aquella encerrada en sí misma y alejada, sino esa belleza que está atenta al mundo, al cosmos, a cada persona humana, para estar evangélicamente, oportunamente, acompañando sus gozos y sus penas, sus noches y sus días, sus luchas y logros, y hasta cambiando y moviéndose de sus lugares para encarnar el amor solidario.

Creo, en la belleza de hombres y mujeres que están como centinelas, alertando en la noche la desesperanza, y adelantando el amanecer con su confianza inamovible en el amor de Dios, con su optimismo evangélico, con su certeza de que Dios camina a nuestro lado y que sigue asumiendo y tomando por su cuenta la suerte de los pobres y de todos los que en Él han puesto su confianza.

Creo en la belleza de la Vida Religiosa que camina como discípula y misionera, que no da paso sin escucha atenta a la Palabra, que se desinstala de sus seguridades, que está dispuesta a cambiar, en cuanto el Espíritu se lo inspira, sus “cómo” y sus “dónde”, con fidelidad creativa, recreando su misión y su carisma, llevada por el soplo del Espíritu.

Creo en la belleza de la Vida Religiosa capaz de hacer felices a tantas y tantos jóvenes que han encontrado en ella su casa, su espacio ecológico, donde se respira evangelio, mística y profecía, Dios y humanidad.

Creo en su belleza porque se parece a Betania cuando recrea el encuentro, la amistad, las lágrimas de Jesús, la escucha de María, la hospitalidad de Martha, el perfume del amor donado hasta romperse.

Creo, por fin, en la belleza de su inquebrantable esperanza, al seguir de pie en medio de incertidumbres, descalificaciones, debilitamientos, pobreza, disminución, fragilidad, porque sabe muy bien “en quien tiene puesta su confianza y que Aquél que ha iniciado la obra no la abandonará”.

Estamos celebrando el año de la fe, tal vez por eso me salió del corazón este Credo que no sólo es anhelo y utopía, sino presente, un presente que se está gestando con fuerza, con la fuerza de lo pequeño, de lo germinal, que es capaz de romper la tierra y llenarla de verdor y frutos. “Algo nuevo está naciendo, ¿no lo notan?”

Que nuestra Vida Religiosa latinoamericana y caribeña siga creciendo en la pasión por Jesús y por la humanidad. Que se deje despojar de todo aquello que la afea, que estropea el Rostro de Jesús, “el más bello de los hijos de los hombres”, de todo aquello que ha desfigurado su belleza al alejarse de la Fuente, al deshumanizarse, al caer en la rigidez, y en lo que más la ha desfigurado: nuestros pecados personales e institucionales que nos llenan de vergüenza y dolor. Que se deje liberar de raíz del aburguesamiento, individualismo, del consumismo, del comodismo, y se embellezca por la Cruz, es decir, por la vida entregada, donada, para que resplandezca en ella el rostro más bello de todos los rostros: el de Jesús Crucificado. Es un anhelo para hoy, un deseo que se está concretizando ya en el presente y que nos impulsa a seguir abriendo caminos de futuro.

Y en esta fiesta de la Presentación del Señor, le decimos a María, Madre Nuestra, que nos presente al Padre, que nos llene de la belleza de su Hijo, para que por el Espíritu Santo, ayudemos a rescatar la belleza de nuestro mundo, inmerso en la pobreza, en la violencia, en la desigualdad, en la injusticia, en el dolor, en el desconcierto, en la oscuridad. “Al mundo lo salvará la belleza”.

Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.
Presidenta

P. Gabriel Naranjo Salazar, CM
Secretario General